

## Un libro de González Vera

**Quando era muchacho**, de González Vera, acaba de ser publicado por Nascimento, en cuarta edición. No es necesario ser augur para asegurar que otras muchas ediciones se harán de este libro, no sólo porque su autor es un Premio Nacional de las letras y la lectura de sus obras es obligatoria en la enseñanza media, sino porque se trata de páginas autobiográficas llenas de encanto y enseñanza, escritas con el estilo tradicionalmente cuidado de González Vera y que ofrecen ricos materiales para el conocimiento de una época importante de la vida chilena: el año 20 y sus alrededores. De todos los libros de González Vera que he leído (y creo que los he leído todos, salvo **Necesidad de compañía**) es éste el que mayor deleite me ha dado.

González Vera no es un memorialista corriente. No. Tiene un cuidado especial de no convertirse nunca en héroe, en personaje de primer plano. Cuando por exigencias del relato debe aparecer en una posición destacada, se escabulle con prisa y cierto aire humorístico, para disimular su propia importancia. Los demás, en cambio, sus amigos, sus compañeros de tareas o de peleas, sí que aparecen elevados. ¡Tantos! Una generación entera, que desempeñó un papel impresionante en la vida chilena, aunque más tarde se quebrara y se desmoronara. Los estudiantes del año 20, en efecto, destacaron menos en las aulas que fuera de ellas, en tareas sociales de innegable interés, combatieron los vicios de la sociedad burguesa, movidos por el viento anarquista que soplaba en esos días; se pronunciaron por la solución del problema con el Perú, pendiente desde la Guerra del Pacífico, y lo hicieron a costa de su tranquilidad; denunciaron y combatieron la movilización al Norte decretada por el Ministro Ladislao Errázuriz, que Malbrán y Campaña ridiculizaron en un sainete, bautizándola para siempre como "la guerra de don Ladislao"; echaron las bases de la unidad de obreros y estudiantes; crearon liceos y universidades populares... Toda esta etapa de la vida nacional está descrita en este libro por uno de sus protagonistas y en la forma en que González Vera acostumbra: nada estridente, con calma, ironía, tacto y respeto por el género humano. Escenas que a otros escritores arrancarían frases entre signos exclamativos o palabras fuertes, en el relato de González Vera se deslizan con aire tranquilo, lo cual no quiere decir que carezcan de la intensidad necesaria, del calado emocional justo. Tales, por ejemplo, el asalto a la Federación de Estudiantes por la juventud dorada, las persecuciones a los elementos avanzados (que obligaron al propio autor a viajar hacia el sur), la destrucción de la imprenta donde se editaba la revista **Numen** o la muerte del poeta Gómez Rojas en la Casa de Orates.

Centenares de personajes que habrían de alcanzar posiciones destacadas en la literatura o en la política, aparecen retratados con breves y finas pinceladas. Otros, cuyo brillo no traspasó el ámbito de los centros anarquistas, sastres, zapateros, gráficos, no tienen por eso en la obra de González Vera menos lugar ni están descritos con menor cordialidad. Junto a esa galería, impresiona la forma en que González Vera define y describe los diferentes oficios que debió desempeñar para cumplir la bíblica imposición de ganarse la vida, desde las de recadero, lustrabotas, zapatero, hasta el de periodista en diarios de provincia.

No conozco muchos libros que traten de esa época, que alguien ha llamado el romanticismo chileno. Los busqué hace unos meses, mientras trabajaba en una novela. **El año 20**, de próxima publicación. Pero el que me ayudó de un modo fundamental, fue **Quando era muchacho**. Mi deuda de gratitud con esta obra no se basa, pues, únicamente en el deleite literario que saqué de ella, sino en las profundas enseñanzas que sus páginas me dieron.